



¿SE PUEDE PROPONER A LOS JÓVENES EL IDEAL DE SANTIDAD?

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=3EzQEDAJqJI>

Como ese título que se ha buscado para esta charla indica: «¿Se puede proponer a los jóvenes el ideal de la santidad?», a las puertas del sínodo.

Tenemos un sínodo en los próximos meses que va abordar nuestro gran reto de evangelizar la juventud y también del discernimiento vocacional, y yo creo que en este encuentro de Leyre (monasterio de Leyre) en el que estamos abordando el tema de la acedia¹, pues yo quisiera un poco pues venir a aplicar, a hacer una concreción bien práctica de cómo trasladamos esta gran propuesta de superación de la acedia; porque la superación de la acedia, terminaré en mi charla diciendo esto, la superación de la acedia no es otra cosa que vibrar con la llamada a la santidad. El que vibra con la llamada a la santidad, el que tiene un arde en deseo de santidad, que le quede claro que tiene la acedia sanada. Quien arde en deseo de ser santo, no digo en quien lo sea, quien arde en deseo de ser santo, que le quede claro que la acedia, pues Dios le ha dado la gracia, de sanarla.

Pero claro, ahora viene la siguiente pregunta, ¿y una cosa como esa se le puede proponer a los jóvenes?, porque sabemos que estamos en una sociedad en la que hay una perspectiva de pretender que haya una especie de fotografía joven de la sociedad. Lo que a los jóvenes no se les puede proponer, no tiene futuro. Parece que esa es la perspectiva de esta sociedad. Quien mira en los espacios publicitarios parece que todo el mundo es joven y es una gran falsedad, pero es verdad que la perspectiva de la sociedad se hace desde ese parámetro de juventud. ¿Se puede proponer el ideal de la santidad a los jóvenes?

En primer lugar, es importantísimo subrayar que la llamada a la santidad conecta plenamente con ese deseo de plenitud con el que Dios nos ha creado. Un deseo de plenitud, un deseo de trascendencia, una especie de: llevamos escrito nuestro ADN una tendencia a la magnanimidad, y eso, además, especialmente, pues yo diría que, por naturaleza, se visualiza en la en la juventud. Así como en la infancia, pues suele haber etapas, ¿no?, que son las etapas de la curiosidad: «y esto, por qué; y esto, no sé qué». Hay etapas en la juventud, que es la etapa de la infancia, que es la etapa de saber. Cuando uno pasa de esa etapa de la infancia a la de la juventud entramos en esa en esa otra dimensión que es el deseo de cambiar el mundo.

¹ La acedia espiritual es un estado de apatía, desánimo y profunda tristeza frente a la fe y los asuntos divinos.

Un joven, lo lógico, lo natural es que un joven tenga una tendencia idealista y que tenga un deseo de pretender cambiar el mundo. Que por su naturaleza sea pasional e idealista. Por eso, la llamada a la santidad es una meta sobrenatural, pero que conecta, que da respuesta a un deseo natural. Esto es muy importante. El mundo secularizado dirá que no, que el hombre no tiene un deseo natural de Dios, que el hombre no tiene un deseo natural de infinito. Eso es una gran mentira. Que el hombre ha dejado de ser religioso. Que hablarle de Dios es como invitarle a comer una chuleta a un vegetariano, que no conecta una cosa de la otra, pues es mentira.

Pero sí es cierto una cosa, que nos encontramos con un gran reto, y es que el influjo del hedonismo, del materialismo, del relativismo han minado mucho, especialmente en determinados ambientes, esa pasionalidad, esa magnanimidad natural del joven. Y entonces te puedes encontrar con ambientes, con generaciones en las que dice uno: "Jo, ¿y estos son los idealistas? Pero si están absolutamente anulados en sus esclavitudes y parece que no tienen deseo de superación, de trascendencia". Bueno, es cierto que tenemos un gran reto de educar cultivando sanamente las pasiones.

Por cierto, me ha llamado la atención que, en este contexto del mundial de fútbol, la Santa Sede, desde el dicasterio para los laicos, la familia y la vida, se ha publicado en este mes de junio con motivo del mundial un documento sobre la importancia del cultivo del deporte con un título muy curioso, que además es una frase extraída de un encuentro que tuvo el papa Francisco con un grupo de deportistas, y en ese encuentro pronunció una frase que se ha puesto como título al documento. La frase es: "*Dar lo mejor de uno mismo*".

Entonces, bueno, se ha publicado ese documento del dicasterio sobre el deporte, que me llama la atención que, después de haber hecho esa apuesta de hacer coincidir ese documento con el Mundial de fútbol, me parece que ha pasado bastante desapercibido. No sé si ha habido un problema ahí de comunicación o es que sencillamente ha sido puesto en sordina, pero ¿por qué ha hecho la Santa Sede esa publicación de ese documento, "Dar lo mejor de sí mismo, valores espirituales del deporte", en este contexto? Pues porque es obvio que la educación en la santidad, en la llamada a la santidad también requiere un cultivo de esa pasionalidad del corazón. De hecho, pues hablemos de San Juan Bosco, de hecho, hablemos de otras pedagogías, de hecho hablemos de tantas otras intuiciones, la importancia que tiene la afición al monte, la importancia que tiene el deporte, o sea, eso obviamente forma parte también de la educación católica, que la educación católica debe tener una visión íntegra, ¿no?, de esa necesidad del ser humano de madurez integral. Educar en las sanas pasiones y en el sano deseo de dar lo mejor de uno mismo y de superarse es importantísimo cuando alguien pues, hombre, cambia el escenario de una pista deportes por un iPad, hay un problema ahí, o sea, tiene eso su problema, obviamente tiene su problema en cuanto a cultivo de sus pasiones, pero aún y todo, incluso tras las pasiones desordenadas, tras esa imagen de mucha juventud que está aparentemente esclava, ahí no ha dejado de latir el deseo de superación y de trascendencia. Sigue latente.

Aquel San Agustín que, en el libro de las confesiones, cuando hace una reflexión retroactiva de su vida, dice, "Yo ahora me doy cuenta de que cuando saltaba las paredes para meterme en la huerta del vecino y robar manzanas y querer ser un poco el destacado del grupo y hacer aquello que era salirme de mi rutina y de la vida, en el fondo detrás de aquello había una búsqueda de trascendencia porque no me

conformaba con una vida anodina. Me equivocaba robando las manzanas de vecino, ¿verdad? Pero había una trascendencia de algo más". Y Chesterton dice en una de esas expresiones superatrevidas, ¿no?, dice él: "En el fondo, cuando alguien toca la puerta de un prostíbulo, aunque no se dé cuenta, está buscando a Dios". Vaya frase tan atrevida. Y cuando alguien se ve con una aguja y una jeringuilla pinchándose en los brazos, aunque él no lo sepa, está buscando a Dios.

O sea que, digamos que podría parecer, en una primera lectura, que cómo proponer la santidad a un mundo joven que aparentemente ha perdido esa pasionalidad, de deseo de superación, de deseo de trascendencia, de deseo de justicia... Bueno, ojo, las apariencias engañan, ¿eh? En todo caso, también formará parte de nuestra cultura de llamada a la santidad el cultivo de esa pasionalidad del joven, que decían los clásicos, Platón y otros muchos clásicos, que las pasiones son como los corceles que tiran del auriga, ellos tendrán que ser educados y el hecho de que se conjuguen el uno con el otro, se acompasen, y sepan cuándo hay que ir a la derecha y cuándo a la izquierda, pues es toda una tarea de educación. Pero claro, cuando no hay corceles es que, claro, eso es un problema, porque ya no es que no haya pasiones malas, es que no hay ni pasiones buenas y además las malas son capaces de surgir sin necesidad ni de corceles. Luego, es muy importante que haya sujeto, y que ese sujeto humano natural tenga que ser educado en esa pasionalidad. Porque las dos perversiones mayores de esa pasionalidad natural con la que hemos sido creados son la desesperación y la mediocridad.

La desesperación viene del nihilismo. Y acordaos que Sartre decía: "El hombre es una pasión inútil". Y lógicamente, pues en esa concepción desesperada del existencialismo, pues la salida lógica parece que es el suicidio, en esa desesperación, parece que es la consecuencia lógica. Si el hombre es una pasión inútil... No. Nosotros decimos que nuestra pasión "apunta a". Claro, no te quedes con la pasión, quédate a donde apunta la pasión. La pasión apunta a una trascendencia y esa pasión tuya no es inútil. El asunto es que no se convierta en un bucle que no salga de sí misma. La pasionalidad está llamada a apuntar a una trascendencia.

Y la segunda perversión de esa pasionalidad es la mediocridad, una ética de mínimos. Pues este mundo mediocre viene a decirte: "la santidad es una exageración, ten cuidado, no te metas en una secta". Eso son extremismos. "Qué es eso de heroísmos", ¿no? Aquí lo que hay que hacer es tener un equilibrio, pues una propuesta equilibrada, una moralidad, digamos, de convivencia o de supervivencia para entendernos, ¿no?, para intentar que la ley de la selva no acabe con nosotros mismos. Entonces, bueno, se hace una propuesta entre la soberbia y la humildad, pues proponemos un orgullo digno, ¿no? Y entre la avaricia y la generosidad, pues una sana ambición, un puntito intermedio que no hay que exagerar, ¿no? Y entre la lujuria y la castidad, pues una naturalidad sensual, ¿no? Hay que ser naturales; y entre la ira y la paciencia, pues tener un carácter espontáneo. Y entre la gula y la templanza, pues bueno, pues mantener un gusto propio. Entre la envidia y la caridad, pues un egoísmo controlado, y entre la pereza y la diligencia, pues una comodidad moderada.

Más o menos, digamos, la segunda perversión, diría yo, de esa pasionalidad joven, no ya la de la desesperación, ¿no?, es pues la del pacto de mediocridad. No exageres, hablar de santidad es no tener los pies en el suelo, es una exageración. Y, sin embargo, hacer este pacto de mediocridad, en el fondo es no conocer el corazón del hombre.

Entre otras cosas porque cuando alguien aspira a la mediocridad, cuando alguien aspira al cinquillo, lo que hace es suspender. Eso ha sido toda la vida de Dios. Si uno va por el cinco, ya te digo yo que suspende. Uno apunta al 10 y luego llega donde llega, donde pueda llegar. Teníamos un profesor que cuando nos quejábamos de la nota solía decir, "A ver", íbamos con el examen a quejarnos y decía: "Bueno, un momento, aquí el 10 para Dios, el nueve para mí y el ocho para el mejor. Trae tu examen a ver". Entonces, claro, ya de repente ya tenías un siete como mucho, así por las buenas, ¿no? Pero bueno, tú habías apuntado al 10, ¿no? Y era muy importante apuntar al 10. El que apunta a ese pacto de mediocridad es que no conoce el corazón del hombre, no lo conoce. Es como cuando los militares van a hacer ejercicios de tiro y saben muy bien que lo primero que tienen que hacer es mirar por dónde sopla el viento y corregir, obviamente, en su puntería, corregir teniendo en cuenta que el viento va a ir desviando el tiro que han lanzado.

El corazón no está hecho para la mediocridad. Eso es un corazón envejecido. Hacer un pacto con un corazón envejecido es un drama. Es un drama tremendo. Porque el arte de vivir es sacrificar una pasión baja por una pasión más alta. Es lo lógico. Uno sacrifica una pasión baja por una pasión superior. Y el arte de vivir, pues consiste en poder mirar el pasado con gratitud, en esa acción de gracias de la que antes nos hablaban, vivir el presente con intensidad de amor, con pasión, y abrazar el futuro con esperanza; es lo normal.

Y en este contexto de cómo es el corazón humano podríamos decir que, a la hora de diagnosticar la vida espiritual, que es como evaluar a un músico, ¿sabes?, es como evaluar un músico. Mira, equivocarse en una nota es un fallo, pero lo que sería imperdonable es tocar sin pasión. Eso sería imperdonable. Uno puede meter la pata, se puede tropezar y ha podido meter la pata hasta el gañote, como se dice, ¿no? Pero a ver, lo peor sería tocar sin pasión. Para un músico, tocar sin pasión..., retírate. Si un día has metido la pata así, de la manera gorda, pues la has metido, pues ya está. Será una anécdota, todo el mundo te la contará, ¿no? Pero es mucho peor que alguien toque sin pasión. No va a ser nunca un músico, ¿no?

Por lo tanto, lo primero es decir, sí, se puede hacer esa propuesta a los jóvenes de santidad porque esa propuesta conjuga con lo más hondo del corazón de todo ser humano y especialmente de un joven que es su deseo de trascendencia, de magnanimidad, etcétera. La llamada a la santidad conecta. No es como un meteorito que viene de fuera, que viene a caer algo que no tenía nada que ver conmigo. ¿Pero qué me está diciendo ese cura? ¿Qué me dice el Papa? ¿Qué me dice ese libro llamado el evangelio? Sed santos, ¿no? Eso que viene de fuera responde al anhelo más íntimo que anida en tu corazón.

En segundo lugar, ¿no? es que además no es cierto que partamos de cero, no es cierto. La juventud actual tiene valores. Claro que los tiene. Lo que ocurre es que los tiene fraccionados y desestructurados, ¿no? No integrados de una manera coherente, pero existen esos valores y hemos visto cómo nuestra juventud es sensible ante las injusticias del mundo. Se indigna ante la corrupción de los políticos. Tiene una visión de la humanidad como una gran familia en la que entiende que los desheredados de la tierra tienen que participar también de la mesa de los ricos. Existen muchos valores en esta juventud. Lo que ocurre es que existen grandes contradicciones. Tener sensibilidad pues hacia los valores naturales, hacia la ecología, al mismo tiempo que pues después

no somos capaces de entender el valor de la vida desde su concepción; tener la sensibilidad de poner bajo sospecha la manipulación de los alimentos, los transgénicos, y luego nosotros proclamar el derecho al transgénero. O sea, a ver, somos bastante incoherentes, hay que decir. Incoherentes lo somos, y mucho. Pero la existencia de las incoherencias patentes y obvias, por ejemplo, pues que la sociedad tenga esa sensibilidad para acoger la adopción, pero no para abrirse la vida. A ver, tenemos la sensibilidad para acoger en adopción, pero no para abrirnos nosotros en la vida. ¿Cómo se conjuga todo eso?

C. S. Lewis, cuando hace una descripción de la modernidad, él dice que la modernidad le recuerda a alguien que va navegando mar adentro y de repente, en pleno mar, se encuentra con restos de un naufragio, y dice: "Mira, ese es un baúl que está ahí flotando. Mira, ahí hay pues un timón; eso es un mástil, que están ahí flotando", ¿no? Entonces, dice algo así: "Encontramos valores, que son restos de un naufragio, ¿no? De una concepción, de una cosmovisión cristiana integrada que, de alguna manera, en este momento, por la modernidad y por la secularización se desintegraron en una gran tormenta, pero que, como elementos sueltos, individuales, siguen flotando.

Entonces, por ejemplo, los jóvenes actuales, la sensibilidad actual valora mucho la coherencia y sufre mucho por las incoherencias, por la doble vida, que parece que todo el mundo, en la vida pública, parece que todo el mundo tiene su precio y se van descubriendo corrupciones por aquí y por allá, y de repente un título universitario pues es falso, y el otro no sé qué. O sea, uno dice, "Pero bueno, pero aquí todos son corruptelas". O sea, el corazón que anhela la justicia y la coherencia sufre, ¿no?, por esas incoherencias. Y los jóvenes que son más profundos en el análisis sufren ya por las propias incoherencias, no solo por las ajenas. Porque claro, es muy fácil echar la pelota al que está al otro lado del televisor, ¿y yo no tengo incoherencias?, ¿y yo no sufro por mis incoherencias?, porque hago cosas que en el fondo odio hacer y, ¿cómo es posible que haga cosas que odie hacer? Y mis incoherencias interiores, ¿quién me salva de ellas? ¿Quién me redime de ellas? ¿No? Y nuestro mundo joven, o sea, sueña con una coherencia. Y los santos son coherentes. ¿Qué son los santos? Personas coherentes.

Cuando hoy en día un joven le dice a un catequista, a una religiosa, a un sacerdote, le dice: "Mira, no, yo no tengo fe como tú. No tengo fe, pero te admiro porque eres una persona coherente". Pues la verdad es que ha entendido y ha dicho: "Bueno, este se da cuenta que detrás de esa propuesta de santidad hay una coherencia. Coherencia entre lo que se cree, entre lo que se piensa, entre lo que se siente y entre lo que hace". Tener coherencia entre esas cuatro cosas, pues eso es un milagro, ¿no? Es un don muy grande: coherencia entre lo que se cree, se piensa, se siente y se hace.

Y, además, nuestro mundo joven está, yo creo que también, abierto a esa propuesta de la santidad bajo otro aspecto, ese deseo de transformación del mundo, de que el mundo sea justo, etcétera. Luego, choca con una realidad, con la realidad de que los supuestos revolucionarios que vinieron a cambiar el mundo se convierten en los tiranos. Y al final dice, "Los mismos perros con distintos collares. Hemos luchado por cambiar aquí un gobierno y luego, fíjate, vino el otro y se corrompió. Los de Brasil soñaron con Lula, luego va Lula y resulta que acaba en prisión por tal, y es así. El mundo tiene continuas grandes decepciones.

Es que los santos son los verdaderos reformadores. ¿Por qué? Porque son los que hacen una propuesta de que el mundo cambiará en la medida en que tú cambies. Un revolucionario es el que pretende cambiar el mundo sin cambiar él. Y un santo es el que hace la propuesta de cambiar tú para que el mundo pueda empezar a cambiar. Y eso yo creo que es atractivo para un joven; es una propuesta realista, verdadera. En resumen, sí, se puede hacer la propuesta de la santidad a los jóvenes. Se puede hacer. Yo creo que tiene que ser una propuesta personalizada. Una propuesta personalizada en el sentido de que, obviamente, es que la juventud, a ver, no hablemos de la juventud, hablemos de los jóvenes, que la juventud, o sea, morder el anzuelo de pensar que todos los jóvenes son iguales es caer en esa tentación de esta cultura igualitarista que nos quiere hacer creer que ser feminista es un único modelo de feminismo. Que la homosexualidad es un único modelo de homosexualidad; que la que la lucha por la justicia es un único modelo. No, eso no es verdad. No existe ese único modelo, no es verdad. Hay que distinguir.

No sé si conocéis el chiste ese que se cuenta de Cantinflas, que dice que va a una sala que había mucha gente y dice:

- "¿Y qué hay aquí?
- Es que van a dar una conferencia.
- ¿Sobre qué?
- Es una conferencia sobre la mujer en general.
- Sí, pero la mujer, ¿de qué general?"

Pues es un poco, - "A ver, ¿de qué joven vamos a hablar?" – "De la juventud". Un momento, vamos a ver, ¿de qué joven hablamos?

Yo creo que es importante entender que la propuesta de santidad sí está dirigida a los jóvenes y tiene que ser dirigida de una manera personalizada, y habrá un sector de la juventud al que, para dirigirle esa propuesta de la santidad, habrá que cultivar, en un primer momento, de una manera fuerte, como punto de partida, el cultivo de su sensibilidad, de su pasionalidad, o sea, el suscitar en él el deseo de superación; y el que un sacerdote también se vea jugando partidos de fútbol con los chavales es muy importante. Es muy importante. Y el que te veas subiendo el pico de un monte con una tienda de campaña y tal, es muy importante. O sea, en el cultivo de esa pasionalidad, de ese deseo de superación y de ese estar una noche mirando a las estrellas y comentando; es que eso, todo eso, forma parte de esa llamada a la santidad.

Y sí, a otros jóvenes obviamente se les podrá, y se les deberá directamente recordar la frase de Jesús: "Sed santos porque vuestro Padre celestial es santo", y se les deberá hablar explícitamente de la santidad. Aunque yo cada vez estoy más convencido de que entre lo implícito y lo explícito no debe haber mucha distancia, ¿eh? O sea, creo que son modulaciones de, bueno, pues si a uno hay que darle 80% de implícito, hay que darle también un 20% de explícito y otro tendrá que ser en proporcionalidades distintas, pero lo implícito y lo explícito tienen que estar, yo creo que, desde el minuto primero, encima de nuestra propuesta de evangelización.

Bueno, como veis, pues ¿se puede proponer a los jóvenes el ideal de la santidad?, pues obviamente la postura es afirmativa, ¿no? Como aquella madre que le dice al hijo: "¿Has estado en misa?" Y dice, "Sí". "¿Y de qué ha hablado el cura?", y dice, "del

pecado". Dice, "¿Y qué ha dicho?", dice "que no es partidario". Bueno, bien. Obviamente ya se imaginaba en la audiencia que yo iba a decir que sí se puede proponer la santidad a los jóvenes. ¿Os imaginabais la respuesta, ¿verdad? Pero vamos a ello ahora. Vamos a hacer como una explicitación de esa propuesta.

El cuarto punto, en el esquema que os he entregado, solo Dios es santo y nos da a participar de su santidad. Es obvio. Es decir, a ver, solo Dios es santo. Esto creo que es importante subrayarlo. Es un don que nos supera, pero es que Dios es misericordioso. Dios es misericordioso y nos quiere hacer participar de su gracia. Yo en la teología de la gracia hubo un momento en que para mí fue una luz importantísima en mi educación como seminarista cuando descubrí esa diferencia del concepto de justificación y santificación de Lutero y de Trento; eso a mí me abrió un mundo. Cuando leí aquel ejemplo de Lutero en el que él explica la justificación de la siguiente manera:

Dios es santo y el hombre es puro pecado. Nosotros somos como un montón de estiércol que estamos en mitad del campo. Entonces, Lutero dice, "La misericordia de Dios consiste en que su gracia es como si cayese una gran nevada y se queda todo el campo absolutamente blanco. Y ese montón de estiércoles, es un montoncito de nieve, porque nadie diría que debajo está lleno de estiércol". Y dice Lutero, "Así es la justificación, Dios nos tapa con su gracia". Pero viene Trento y dice, "Un momento, un momento, la justificación no es tanto que Dios te tapa, sino que Dios te da la gracia para transformarte. Y la justificación es lo mismo que santificación". Fijaros, además, la misma palabra *justificación* la hemos ido deformando: *te justifico*, pero no es: *te santifico*, te hago santo.

Entonces, la gracia de la santidad no es que Dios vaya a tapar tu porquería, es que la va a transformar, es que te va a hacer santo, es que ese montón de estiércol va a ser verdaderamente transformado. Claro, eso, ojo, eso es mucho más fuerte y es muy tentador, recurrir a esa concepción de justificación de "tapa", como quien está barriendo un poco, levanta la alfombra, mete debajo eso y sigue barriendo, ¿no? Tentador es, pero en el fondo es minusvalorar la misericordia de Dios. Minusvalorarla. O sea, Dios puede hacerme santo. Dios quiere hacerme santo. Dios quiere darme a participar de su santidad. ¿Es que le voy a decir yo a Dios que eso no puede hacerlo, si está comprometido en ello, si ha entregado su vida para que seamos santos? Bueno, por eso yo creo que esto es importante. Dios quiere dar a participar su santidad.

Y los santos no son supermanes, los santos no juegan a ser fuertes. Los santos tienen la conciencia de que Dios quiere participar, o sea, que la santidad es comunicativa. Dios comunica santidad. Se cuenta la anécdota de que una madre llevó a su hijo a una catedral y estaba enseñándole la catedral, y entonces, había vidrieras a lo alto con escenas de vidas de santos, ¿no?, y entonces, a la hora de explicarle, la madre, no sabiendo cómo explicarle las cosas a su niño, le dice, "Mira, los santos son esos, son los que dejan pasar la luz del cielo. ¿Ves tú cómo pasa la luz a través de ellos en la vidriera? Esos son los santos, los que dejan pasar la luz del cielo". Los santos son la estela luminosa con la que Dios ha atravesado la historia. O sea, Dios quiere dar luz a través de cada uno de nosotros, de una vida santa. ¿Es que se lo vamos a impedir? Entonces, lo primero es: Dios quiere, está comprometido. Yo, ¿quién soy yo para ponerle límite, o es que me falta esperanza en la acción de Dios? Me parece muy importante que, a la juventud, a la infancia, a la adolescencia les familiaricemos con las vidas de los santos. Hoy en día, por cierto, hay una cantidad de películas producidas,

especialmente en Italia, sobre la vida de los santos, que son una joya. Desgraciadamente, no todas traducidas al español, pero hay muchísimas, ¿no? Hay una cantidad..., y yo creo que es una desgracia que muchos jóvenes del mundo, o sea, por ejemplo, que Messi sea más conocido que Francisco Javier, es una desgracia.

Tú fíjate, Messi, vamos, pues tú verás, ¿qué sabemos de él, aparte que le pega bien a un balón?, pues no sabemos más. Bueno, sí que con Hacienda tiene problemas, pero mucho más no sabemos. O sea, es que claro, no hacer tu ídolo de alguien. Oye, que no conozcas a Francisco Javier, que no conozcas las cartas que él escribió según marchaba ahí a las Indias, ¿no? Es que eso es un drama. O sea, no conocer verdaderamente los puntos de referencia. Es que necesitamos referencias, seguimos a Jesucristo, pero necesitamos referencias. Y los santos son las referencias, son las flechas del camino, para que pase la luz, como decía esa madre al niño, ¿no? "Los santos son esos que dejan pasar la luz del sol que viene de fuera".

Tenemos que presentar la llamada a la santidad como la tarea principal de nuestra vida. Es la tarea principal. Es un don y es una tarea. ¿De qué te sirve ganar el mundo entero si no eres santo? A ver, ¿de qué te sirve? O sea, la vida que no desemboca en la santidad es una gran frustración, y eso nos tenemos que atrever a decirlo. La vida es una frustración, si no persigue la santidad. Y lo que ayer dijo don Juan Antonio, ¿no?, lo que decía Leon Bloy, solo hay una tristeza, que es, no ser santo. Es la verdadera tristeza. Y, por lo tanto, hay que poner todas nuestras energías en esa gran tarea. Pelagianismo² no, pero quietismo tampoco. O sea, ni una cosa ni la otra, porque cuando Dios da su gracia, el hombre suda, ¿eh? El hombre suda en el sentido de que Dios te da la gracia para que tú lo pongas todo y para que toda tu energía esté al servicio de esa gran llamada.

Con mucha gracia, Fabrice Hadjadj, ya le conocéis a este filósofo, dice él, "Los verdaderos santos no tienen alas, pero tampoco tienen el culo de plomo". Tiene gracia la expresión. Dice, "Los verdaderos santos no tienen alas, pero tampoco tienen el culo de plomo", su contemplación se traduce en apostolado. Obviamente es nuestra gran tarea, o sea, es la gran batalla. ¿En qué piensas dedicar tus energías? A ver, no hay otra batalla principal que esa. ¿En qué piensas gastarlas? Tú fíjate, hay personas que se han dejado sus fuerzas en unas oposiciones. Seguro que todos conocemos a personas que vamos, han dejado la salud, la juventud, en unas oposiciones, y a veces algunos con el drama de que no las han sacado. Oye, ¿tú en qué piensas dedicar lo principal de tus energías? ¿En qué piensas dedicarlo? A ver, yo creo que esa pregunta es que es una obligación hacérsela, y planteárnosla. Lo lógico es que la principal de nuestras energías sea..., es un don de Dios, ¿no? Es un don y una tarea. Don y tarea. Dios quiere darlo. Dios está esperando poder darlo.

Al mismo tiempo, digámoslo claramente, la llamada a la santidad es una vocación general, vocación común de todos nosotros. Esta exhortación: *Gaudete et exsultate*³, ha nacido para recordarnos esto, para recordarnos algo que era el mensaje central del Concilio Vaticano Segundo y que fácilmente nos olvidamos de ello, que es la llamada universal a la santidad. Ese fue el mensaje central del concilio. Y luego en el postconcilio parece que todo el mundo se olvidó de tal cosa. *Gaudete et exsultate* ha

² Doctrina teológica del siglo V, atribuida al monje británico Pelagio, que sostiene que el ser humano tiene el libre albedrío suficiente para alcanzar la salvación por sus propios medios.

³ Alegraos y regocijaos.

nacido para eso. La santidad es la vocación común de todos nosotros, ¿no? Supongo que conocéis esa escena, está grabada en un vídeo de una rueda de prensa allí de la madre Teresa, cuando hice una de esas visitas, yo creo que era en Calcuta, no estoy seguro; entonces, un periodista de la BBC, le dice, "Madre Teresa, dicen por ahí que usted es como una santa viviente. ¿Usted qué dice de eso?" Bueno, buena pregunta le lanzó, ¿no? Yo no sé qué hubiese respondido, "No, yo soy un pecador...", ¿sabes? Yo creo que es lo que hubiese respondido. Y va ella, y responde, y dice, "Hombre, yo tendré que ser santa como religiosa y usted como periodista, ¿no? Porque la santidad no es un privilegio de unos pocos, es la vocación común de todos nosotros". A ver, siguiente pregunta. Yo dije, "Anda, que ese periodista ese día ya recibió...", es decir, *Gaudete et exsultate* es esto lo que nos recuerda, que la llamada a la vocación es absolutamente con-natural con el bautismo, que lo lógico es ser santo. Lo lógico es ser santo. Es que, a ver, si uno tira esto arriba, lo lógico, ¿qué es?, que caiga por la ley de la gravedad. A ver, por la ley de la gracia, lo lógico es ser santo. Estamos en peligro inminente de ser santos. O sea, es lo lógico, lo que verdaderamente sería una desgracia, o sea, incomprensible, es no serlo.

Y, por otra parte, Dios nos ha rodeado de santos y es importante identificarlos. Ojo, la santidad está mucho más cerca de ti de lo que piensas. Ponte esta noche a pensarlo y añádelos a tus acciones de gracias. ¿Cuánta gente buena hay a tu alrededor? Por ejemplo, con motivo de la muerte de Mikel, ¿no?, que hemos padecido hace poco en su accidente, yo me he dado cuenta de cuánta gente buena hay alrededor, cuánta gente santa hay alrededor. Yo cuando hablé con su madre, ¿no?, y le comuniqué la noticia y vi cómo reaccionaba la madre, dije, "Madre mía, hay familias santas. Pero bueno, ¿cómo reacciona esta mujer así?" Y me está dando a mí una lección de fe. O sea, Dios ha puesto personas santas alrededor de nosotros, y no lo sabíamos, ¿eh? O no nos habíamos percatado. Oye, una madre que yo empiezo a darle poquito a poquito la noticia de que habido un accidente, que no sé qué, y ella va por delante mío en la conversación y me va diciendo, "Es que, si Dios me lo dio, es un ángel de Dios". "Pero si es para Dios, si no es para mí". Es que claro, si una madre reacciona así, uno dice, "Oye, convivimos en medio de personas santas y no nos percatamos de ello. La santidad está mucho más cerca de nosotros de lo que suponemos.

Y Dios arregla para poner santos en nuestro camino, y santificándonos, santificamos a los demás, porque también la santidad es contagiosa. La santidad es contagiosa. El pecado lo será también, pero la santidad también es contagiosa, porque nuestro corazón anhela una trascendencia. Aquello de San Agustín, "me hiciste, Señor, para ti". Y cuando alguien ve, dice, "Jo, es que tiene que ser una gozada tener un corazón como ese". Dios está mucho más cerca de lo que suponemos y existen sagrarios de Dios. Yo me atrevería a identificar seis sagrarios de Dios: Los pobres son un sagrario de Dios. La comunidad eclesial es un sagrario de Dios: "Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos". Nuestra alma, que vive en gracia, es un sagrario de Dios. La Eucaristía, obviamente, sagrario. La palabra de Dios, la Biblia, es sagrario de Dios. Pero ojo, los santos son, de una manera muy especial, sagrarios de Dios porque irradian la fuerza del espíritu. Luego, es muy importante, la propuesta popularizada de la santidad; que hablemos de ella de una manera en la que un joven entienda, "Es que lo lógico es ser santo, es que lo otro es un desastre, ¿no?, es que es lo lógico".

Vamos adelante, el punto séptimo del esquema. La batalla es de toda la vida. No es difícil ser santo, pero es largo. A ver, ¿es difícil la santidad? No, pero sí es largo el

camino. Es una batalla que dura toda la vida y que, por lo tanto, requiere paciencia, perseverancia. No es difícil ser santo, lo que sí que es, es una batalla de perseverancia, y perseverar nos cuesta. Y la perseverancia es un don del Espíritu Santo. Y el secreto de la santidad consiste en no cansarnos nunca de estar empezando siempre y de ser siempre como alumnos de primero de primaria, con la misma ilusión.

El Papa Francisco, en alguna de sus conversaciones, ha dicho dos frases que yo me he quedado con ellas. Una es: “yo asocio frecuentemente la santidad a la paciencia”. Y otra expresión suya, “dos enemigos de la santidad: la prisa y la curiosidad”. La prisa, ¿no?, pues porque es que tiene que ser lo de la “gota malaya”⁴, ¿sabes? O sea, lo de la gota malaya, esa es la técnica de alcanzar la santidad. Yo a veces suelo decir: en Radio María predicamos, es *pim pam pim pam*. Digo, mira, aunque sea conversión por cansancio, ¿entiendes? Es como la gota malaya. Es que tiene que ser un poco así. Es que las cosas, a ver si pensamos, “lo dije ya”. ¿Cómo que lo dije ya? Hay que estar ahí con la gota malaya. Es que eso funciona así, ¿eh?, siempre ha sido así. A ver si se cree alguien que eso va a ser automático; no, tiene que estar hecho en la perseverancia. Y la curiosidad, porque claro, la prisa y la curiosidad es el de que mariposea, pero no se entrega a nada. O sea, es un curioso, “qué bonito, qué bonito”. Ya, ya, pero aquí de lo que se trata no es de buscar. Hay algunos que les gusta buscar, pero no encontrar. Hay algunos que juegan a buscar, pero se trata de encontrar, y el Señor, cuando te lo ha mostrado, pues llega el momento de la entrega.

Bueno, reivindico también el purgatorio. Me parece que tenemos que presentar el purgatorio como un don de la gracia de Dios que completa la tarea de la santificación. Qué mala publicidad, o sea, qué mala imagen tiene el purgatorio, y es una auténtica mentira, desgracia. El purgatorio es el colmo de la misericordia de Dios que completa la santificación que yo he dejado mal concluida. Bendito purgatorio. Vamos, es que eso también, es que claro, si uno tiene ese concepto extrinsecista de la justificación de Lutero, ya entiendo yo que el purgatorio le sobre, porque en el fondo no espera ser santificado, pero si uno tiene el concepto católico de la justificación, que es hacerte santo, entiendo que Dios en su misericordia, mira, le pega a todo, con la derecha, con la izquierda y con lo que haga falta para hacer de ti alguien santo, ¿no? Y no cejará en ese empeño hasta completar la tarea de la santidad. Y bendito purgatorio, ¿no? Si de él se sirve Dios para colmar el proyecto de santidad que ha hecho en cada uno de nosotros.

El punto octavo: La alegría, termómetro de la santidad. Que alguno dirá, “Vaya, pasar de hablar del purgatorio a la alegría, menudo saltito”, ¿no? Pero no, la verdad es que creo que está perfectamente integrado el termómetro de la alegría, que eso es muy del Papa Francisco, tanto en *Evangelii Gaudium* como en *Gaudete et exultate*. Envié a las redes sociales en estos días pasados, así un comentario con un puntito de humor, que de vez en cuando suele ser bueno, ¿no? y decía, “Oración de un niño,” decía, “Señor, te pido por los malos para que sean buenos y te pido por los buenos para que sean simpáticos”. Y luego encima en la radio, en Radio María, me preguntaron, “Oye, ¿usted cree que los buenos hombres eran antipáticos?” Digo, “No, hombre, a ver, es que también un comentario así un poco jocoso, tampoco hagamos una tesis de él, ¿eh? No hagamos una tesis de él. Es un comentario jocoso, pero que tiene su puntito de verdad también”. Obviamente tiene su punto de verdad, en la cual suele insistir e incidir con cierta frecuencia el Papa Francisco. Suele incidir en ello. Lo de aquello de San Juan

⁴ Dejar caer lenta pero constantemente gota tras gota de agua.

Bosco de que la santidad consiste en estar siempre alegres, incluido el momento de la cruz, que eso es heroico; incluido el momento de la vejez, que eso es heroico. O sea, y te encuentras personas ancianas que no pierden su alegría, y eso es heroico, ¿eh? Porque su felicidad y su alegría no nace de la carne y de la sangre. Por ejemplo, una alegría mantenida constantemente durante toda una vida y que las artrosis y los desgastes y los fracasos de la vida no sean capaces de acabar con ella, ¿es un signo suficiente de santidad? Vaya que sí lo es, obviamente.

Y, además, no me refiero a una alegría como un estado psicológico circunstancial y pasajero, sino un don permanente que incluso es capaz de vivir el gozo y la alegría en medio de situaciones hostiles. Que nadie es capaz de robarle esa paz y esa alegría interior. Y recordad, dentro de esta reflexión que estamos haciendo sobre la acedia, pues ese famoso texto de Santo Tomás de Aquino que está referido en *Gaudete et exultate*, el número 122 que dice, "Al amor de caridad le sigue necesariamente el gozo, puesto que todo amante se goza en la unión con el amado. De ahí que la consecuencia de la caridad es el gozo", es que es lo lógico. O sea, ¿qué es lo que te hace santo? La caridad. ¿La santidad te la da la alegría? No, la santidad te la da la caridad. Es la que te santifica. Ahora, la caridad lógicamente te da gozo. Te da gozo. Luego, digamos, el gozo, ¿qué es? Un termómetro importante, obviamente, un termómetro importante de si la caridad es la que se adueña, la que es motor de ti, de tu vida.

Punto noveno: clave fundamental de la santidad, que sin duda alguna tiene que estar presente en nuestra predicación, en nuestra propuesta a los jóvenes; bueno, jóvenes, ancianos, maduros y quien haga falta, porque vamos a ser claros, ¿no?, porque, aunque hoy en día hablamos de pastoral juvenil, cuantísimas cosas forman parte del acervo común del evangelio, ¿no? Para jóvenes y para mayores. La clave fundamental de la vocación a la santidad es vivir en presencia de Dios, buscar su voluntad y responder a su amor.

Para mí, la clave está, y esto es muy importante para transmitir a un joven, que la santidad y la felicidad coinciden al milímetro. Como el zapato de la cenicienta, que dice, "Fíjate, aquí sí que he encontrado yo..., esta es la horma de mi zapato". O sea, este zapato estaba hecho para este pie. Ahí va. Fíjate que he probado zapatos, y todos me rozaban por algún lado. ¿Habría algún zapato que no me roce? Pues sí, ese zapato que no te roza es la santidad. O sea, la santidad es el zapato perfecto de tu pie. O sea, la felicidad y la santidad coinciden al milímetro. Si nos convenciésemos de esto, claro, nuestra propuesta de santidad es que, vamos, la gente tenía que pegarse por ella, ¿sabes? Si conocieses el don de Dios, no sería yo el que anduviese detrás tuyo, sino que serías tú el que no me dejases dormir, vamos; porque esta es la clave, entender que la santidad y la felicidad coinciden al milímetro. No hay felicidad sin santidad. No hay. Es un timo. Es pedir peras al olmo. Pedir felicidad sin santidad es engañarnos.

Entonces es cuando uno entiende y dice, "A ver, vamos a ver. Vocación a la santidad". Es que la vocación es una llamada. Es una llamada. Y parte de cómo ve Dios la jugada, o sea, cómo ve Dios la jugada y cómo la ves tú. O sea, es que el problema no será que tú haces un análisis de la vida en el que tú te limitas a decir si estoy satisfecho con la vida. ¿Por qué no cambias de perspectiva y le preguntas a Dios, "¿Estás satisfecho conmigo?" ¿Por qué no permites verte a los ojos de Dios? Porque todo es autorrealización, auto no sé qué, autopercepción, autoanálisis... Ya está bien tanto *auto* tú, ¿eh? ¿Por qué no le dejamos a Dios que bajo la luz de su mirada nosotros podamos

ser percibidos por Él? ¿Y Dios cómo me ve? ¿Está satisfecho Dios conmigo? Es que esa pregunta es importante. De lo contrario, la santidad y la felicidad igual tienen un problema, que no terminamos de buscar el zapato para el pie.

Y no olvidemos una cosa, nosotros perseguimos la santidad, no la orla de la santidad. Porque cuidado también con hacer una vanidad de esto, que a veces hasta de la búsqueda de la santidad podemos hacer una vanidad, como aquel que decía, "Oye, ya que no soy nada en esta vida, por lo menos a ver si soy santo", ¿no? Decía, "pues voy a ver si intento brillar en algo". O sea, a ver, es que, perdón por la broma, pero es verdad que también el camino hacia la santidad tenemos que vivirlo también a los ojos de Dios y no a los ojos de los demás. Y por algo el evangelio nos dice que no se entere tu mano derecha lo que hace la izquierda, etcétera, etcétera. Se nos pide aquello que decía el hermano Rafael Arnaiz, que a mí me enamoró cuando leía una de sus cartas y decía, "Quiero ser una ofrenda a Dios, pero sin que el mundo se entere, ser una breve sombra que pasó por la vida amando mucho a Dios y sin ruido. Ayudar a las almas del mundo entero para que amen a Dios y sin que ellas se enteren, ¿me entiendes?", dice. Pues creo entenderlo, pero vamos, "No quiero nada para mí, no deseo nada. Que el Señor acepte mi renuncia y mi sacrificio y María me santifique". Es que, de alguna manera esta perspectiva de la santidad es verlo en Dios. Dios, ¿cómo ve la jugada? Yo tengo que perseguir la santidad, no la orla de la santidad, porque a veces también hasta en eso corrompemos la cosa, hasta en eso la corrompemos. Como aquel que decía, "Después de 40 años de luchar contra la soberbia, tengo ya el orgullo de decir que por fin soy humilde". Pues es que, hasta en eso.

Bueno, la tarea por la santidad es preguntarse por Dios. Dios, ¿qué quiere de mí? Vivir en presencia de Dios. ¿Cuál es su voluntad para mí? Dejándonos un poco de tener como público a los demás, porque tener al mundo como público suele fastidiar la fotografía. Es como cuando los sistemas anteriores de revelación de fotos, ¿os acordáis?, se hacían en cuartos un poco oscuros. Entraba la luz: "Ay, se ha quemado la foto". Es que hay cosas que no... Cuidado con la luz del mundo, que corrompe.

Posiblemente por eso la madre Teresa de Calcuta, dicen los entendidos en vida espiritual, ha tenido una de las noches oscuras del alma más grandes de la historia de la espiritualidad. No se conocía un santo con una noche oscura interior tan prolongada. Y eso ha podido ser porque como a ella le ha tocado ser un personaje tan público ante el mundo, ante los medios de comunicación, etcétera, claro, esto era tan arriesgado, que toda esa popularidad pública, de alguna manera, dañase su santidad, Dios permitió que tuviese una noche oscura que desde luego se la inculcaba como para cualquier tentación de vanidad para siempre, ¿sabes? Es que no sé si nos damos cuenta de la importancia que tiene que Dios sea nuestro público y no los ojos de los demás. Y eso no es tan fácil y tenemos que pedir ese don muchísimo.

Bueno, voy a ir concluyendo. El punto décimo. Yo creo que en esta propuesta que tenemos que dirigir a los jóvenes, el sacramento de la confirmación es un momento clave. A ver, de esto ¿cuándo hablamos?, hombre, siempre, ¿me explico?, siempre; pero puede haber momentos especialmente propicios, y yo creo que la preparación para el sacramento de la confirmación, indistintamente que se haga con edades un poco superiores o inferiores, es el momento clave. Es un momento clave porque tenemos que preparar la sed del espíritu, la sed de santidad y caer en cuenta de que es algo que supera tus capacidades naturales. Yo no puedo ser santo por puños, es

imposible. Tengo que aspirar a ello como un don, como un don para el que me prepare. Y el Espíritu Santo da sus dones, sus dones para su crecimiento.

Me atrevería a decir que, en esa predicación nuestra a los jóvenes, para que se preparen para el sacramento de la de la confirmación, yo por lo menos intento en mis predicaciones, cuando voy por ahí confirmando, insistir principalmente en tres dones:

1. En el don de piedad, porque creo que es importantísimo tener una experiencia interior. El joven que no tiene una experiencia interior, que su fe está únicamente arraigada en la tradición que ha recibido de la familia, va a ser muy difícil que persevere, porque si lo hace únicamente pues por..., ¿eh?, no va a perseverar, porque si no has llegado a conocer interiormente tú personalmente lo que es el encuentro con el Señor, si no tienes un don de piedad, no vas a perseverar, te vas a cansar.
2. Segundo lugar, el don de consejo, porque un joven entiende que en la vida tiene que hacer muchas elecciones, tiene que discernir: me equivocaré, no me equivocaré, cuál será mi camino, cuál no será... Ese distinguir entre lo bueno, malo, prudente e imprudente, o sea, darnos cuenta de que Dios nos quiere dar luces largas, como un coche que enciende luces largas por las noches y entonces ve con una seguridad muy superior a la que tenía anteriormente. O sea, un joven entiende: necesito la luz de Dios para ver y discernir.
3. Y, en tercer lugar, el don de fortaleza, porque un joven se da cuenta que tiene un problema, tenemos un problema que es la inconstancia. La fortaleza se mide, no tanto por tu capacidad de atacar, sino por tu capacidad de resistir. Eso sí que es fortaleza. Que el buen boxeador no es el que pega muchos mamporros, sino el que los recibe sin venirse abajo, sino, menudo boxeador, dice "sí, tiene mucha pegada, pero que no reciba una, porque si recibe una se viene abajo". Eso no es fortaleza. Fortaleza es la capacidad de resiliencia, que se dice hoy en día, ¿sabes? La capacidad interior de no venirse abajo, de no ser vulnerables. Esa superación de la vulnerabilidad es un don de Dios, en las duras y en las maduras. Bueno, por eso creo que tenemos que, especialmente en la preparación del sacramento de la confirmación, enamorar a nuestros jóvenes del don de la santidad, enamorarlos y hablar de la santidad de una manera en la que uno diga, "Yo quiero eso", como la samaritana: "Oye, dame de esa agua. Oye tú, que yo no sabía que existía esa agua. Aquí estaba yo, venga que venir con un cubo, y no terminaba yo de..., dame de esa agua". ¿Existe esa santidad? ¿Dios me la quiere dar? O sea, suscitar hambre y deseo de santidad.

Y bueno, termino diciendo lo que he dicho al principio: ¿Qué es la acedia? La acedia es una situación del alma en la que ha perdido la tensión hacia la santidad. Ha perdido la esperanza de la santidad. Ha sustituido el "quiero ser santo" por "me conformo con no ser una mala persona", ¿sabes? Y madre mía, la distancia entre una cosa y otra es sideral. Entonces, vamos a pedir ese don, porque la acedia, ese estado de pérdida de tensión hacia la santidad, es mortal. Es mortal en nuestra vida. Es como un pájaro que de repente ha olvidado que nació para volar. Es como un pez que de repente dice, "anda, he olvidado nadar". Pero si eres un pez, pero si eres un pájaro, ¿cómo has podido perder...?, es que eso le pasa a alguien que de repente pierde su hambre y sed de santidad.